

PRESENTACIÓN REVISTA ONPE

CENTRO CULTURAL P.U.C.

17.03.2004

AMIGAS Y AMIGOS:

En primer lugar agradezco a Fernando Tuesta Soldevilla, Jefe de la ONPE, su gentil invitación para comentar el segundo número de la Revista Elecciones, editada por el Centro de Investigación Electoral de la ONPE.

La verdad es un esfuerzo digno de ser imitado y felicitado, porque pocas veces puede verse desde una institución pública una auténtica y desinteresada labor de docencia, que nos permite reflexionar sobre diversas dimensiones y peripecias del sistema democrático.

Los editores de la Revista Elecciones han logrado reunir en este volumen a personalidades de la talla de Valentín Paniagua, Dieter Nohlen, Daniel Zovatto y al propio Jefe de la ONPE, Fernando Tuesta, entre otros destacados científicos políticos e investigadores.

Los artículos en su conjunto tienen la virtud de sensibilizarnos, en un momento en que el sistema democrático y las instituciones en el Perú son duramente cuestionadas.

Las aprobaciones de un dígito son un mensaje claro de la ciudadanía, que nosotros, los políticos, tenemos que interpretar fielmente.

Tenemos que entender este proceso como una crisis de crecimiento de la democracia y no entenderlo como su fase terminal; porque la democracia, en nuestra realidad, es un proceso de maduración lenta, que va superando desafíos. Poco se repara en que, de 183 años de vida independiente, sólo hemos tenido 53 años de democracia; y que nuestra realidad ha sido una constante transición. Por ejemplo, para graficar nuestra precariedad institucional, les recuerdo que hace 90 años que el Perú no es capaz de tener una sucesión presidencial ordenada y democrática por más de tres períodos seguidos (Nicolás de Piérola, López de Romaña, Billingurst, José Pardo y Leguía; 1894 - 1921).

En consecuencia, hay que entender la desaprobación a las instituciones, como una forma de expresar el reclamo ciudadano por una mayor extensión y eficacia del sistema democrático.

Por ello Dieter Nohlen nos dice "La democracia debe buscar legitimarse por sus propios méritos".

Ya no puede decirse: optamos por la democracia porque es mejor al comunismo, o porque la asociamos al estado de bienestar o con la búsqueda del bien común.

Debemos construir un sistema democrático orientado al ciudadano, que resuelva problemas, que sea eficaz. Pero esto no es sólo responsabilidad de los políticos. Los ciudadanos también tienen su cuota de responsabilidad.

Cuando en el Congreso de la República discutíamos, en octubre del año pasado, la Ley de Partidos Políticos, la Universidad de Lima realizó una interesante y reveladora encuesta, que arrojó un resultado sorprendente: el 65% de la población de Lima y Callao no tiene el menor interés en conocer e intervenir en asuntos públicos.

Dicha encuesta me recordó una lectura del tratadista Bluntschli, quien en 1881 sostuvo en Suiza un criterio que entonces pudo parecer revolucionario, afirmando que "los partidos políticos se muestran en todas partes donde la vida política se desarrolla libremente. Desaparecen solamente en los pueblos perezosamente indiferentes por los asuntos públicos u oprimidos por un poder violento. Su ausencia es entonces un signo de incapacidad o de opresión".

Quizás ahí está la respuesta nuestra precariedad institucional y democrática, pues si no hay interés en la vida pública, no habrá partidos políticos, ni será sostenible la democracia.

En consecuencia, tenemos que crear los rieles que permitan involucrar más activamente al ciudadano.

No podemos darnos el lujo de mantener un sistema democrático en el cual los ciudadanos, por pereza, desinterés o por falta de mecanismos, no participen en las decisiones. Un sistema que no resuelve problemas, y que además nos da sensación de caos e inseguridad y donde a los ciudadanos sólo se les convoca para los actos de sufragio cada cierto número

de años y que definitivamente va quedando cada vez más vacío de contenido.

En estas circunstancias, no nos extraña que surja un general o un outsider que nos remita: la democracia no se come.

Estas deficiencias, además otras causas (carencia de un largo periodo de estabilidad democrática, la existencia de poderes fácticos actuantes en política, el discurso anti-partido, la existencia de un sistema electoral que estimula un multipartidismo exacerbado y las formas tradicionales de hacer política: sin democracia interna en los partidos, sin querer rendir cuentas del origen de sus finanzas, entre otras corruptelas) son las que minan la confianza del ciudadano en el sistema democrático, y que además han terminado por desacoplar a la opinión pública de la clase política.

Acá, todos tenemos el deber de hacer una autocrítica al papel que viene jugando la clase política, no sólo en la institucionalización de la democracia, sino también en una buena gestión, que es lo que finalmente se refleja en un mejor nivel de vida de la ciudadanía.

Por ello, Dieter Nohlen señala con acierto que "uno de los mayores desafíos consiste en combatir con éxito la pobreza y promover, ahora ya, la justicia social. Este desafío no es sólo un objetivo en si mismo, sino también una condición necesaria para que la propia democracia tenga futuro en la región".

Entonces, tenemos que lograr que la democracia sea eficiente, pero no sólo eso, sino también participativa. Aquí quiero citar a Fernando Tuesta, que en su artículo "Abstencionismo y ausentismo, ¿son iguales?", nos dice: "la democracia es el sistema que tiene como uno de sus fundamentos principales la participación política. La participación es tan vital para la democracia como la sangre para el cuerpo, por lo que una mayor participación impacta en su buena salud".

De tal forma, que si aplicamos esto a nuestra realidad, nos damos cuenta que la mala salud de nuestra democracia tiene como causa la ausencia de participación ciudadana.

La actividad política no puede circunscribirse pues al foro parlamentario, ni a los debates, ni al ámbito cerrado de las agrupaciones políticas, sino que debe orientarse a provocar decisiones y resultados en relación a los asuntos de poder en sus diversos niveles.

Sólo así tendremos una democracia sana y estable, porque la ciudadanía la aceptará como suya y no como extraña ni impuesta, como ha sido una realidad permanente en nuestra historia.

Al respecto, Valentín Paniagua, en su documentada colaboración "El Derecho de Sufragio en el Perú", señala que las elecciones fueron casi siempre fraudulentas desde los inicios de la república hasta 1963.

Así, el gran reto que tenemos todos, políticos y no políticos, es hacer que la institucionalidad democrática sea una realidad cotidiana; y esto lo lograremos educando al Soberano, como decía José Faustino Sarmiento ("Gobernar es educar").

Por ello, este esfuerzo editorial de la ONPE debe inscribirse en esta tarea digna de Sísifo, que es construir la democracia en el Perú.

Gracias.

[Imprimir](#) | [Regresar](#)